

Los cuerpos de los otros:
Mandatos patriarcales y cuerpos rebeldes de
mujeres en *Elena Sabe* (2007) de Claudia Piñeiro

María Celina Bortolotto

Massey University

May Summer Farnsworth

Hobart and William Smith Colleges

“En mi cabeza siempre estaba esto del cuerpo de los otros, de cómo alguien ejerce poder, control y agresión sobre el otro en su cuerpo. Parece mentira.” – Claudia Piñeiro

En *Elena sabe* (2007), Claudia Piñeiro recrea con detalle el mundo íntimo de las mujeres de la clase media argentina. Se dedica a explorar, desde la mirada de una enferma de Parkinson, las tensiones que dominan tanto las relaciones familiares como las sociales a partir de mandatos patriarcales de control mutuo sobre cuerpos femeninos que no pueden evitar transgredir una y otra vez. A través de la investigación detectivesca de Elena sobre la causa de muerte de su hija, Piñeiro examina la violencia, el control y la coerción que encierran algunas de las instituciones más valoradas de la sociedad argentina: la familia nuclear, la industria médica,

la iglesia y el estado. Marcado por pausas y aceleraciones que se ven pautadas por el remedio que toma la protagonista para el Parkinson, el ritmo de pesquisa de Elena-detective obliga a los lectores a detenerse en las cotidianas crueldades de una sociedad que impone sobre sus mujeres no solo el mandato de la dignidad sino también la responsabilidad de disciplinarse mutuamente. Se descubre que “la dignidad,” término definido etimológicamente como de respeto propio y autonomía de acción, se tergiversa en las sociedades patriarcales para convertirse en una condena permanente del parecer, en imágenes y conductas pre-establecidas que no admiten desviación o alternativa. Como comenta Thomas Mann acerca de los protagonistas de *Muerte en Venecia* (1912), “[E]sa dignidad ha sido construida en base a la negación de cuanto indique un principio de anarquía; además esa negación sobrehumana intenta enmascarar la enfermedad que acecha a la familia . . .” (citado en Glantz 110). La “negación sobrehumana” en *Elena sabe* se revela como ideal omnipresente con visos religiosos del catolicismo, sobre todo español; herencia patriarcal que marca y delimita, incluye y excluye, impone y castiga desde un supuesto mítico de respetabilidad que para las mujeres se construye en términos de rígidas obligaciones sociales y familiares, intimidación médica y sacrificio religioso. También, como mantiene Marina Bettaglio, la novela, tras evocar dictaduras y crisis políticas, nos hace reflexionar sobre “la sacralidad” del papel de la madre en la nación (414).

En esta, como en otras de sus novelas—*Tuya* (2005), *Las viudas de los jueves* (2005) y *Las grietas de Jara* (2009)—la autora examina hasta qué punto llegan ciertos miembros de la clase media/alta para mantener las apariencias. Según Piñeiro: “[L]a mirada intenta ver lo que está detrás de lo que se muestra, lo que se esconde debajo de la alfombra: señalar la hipocresía, el encierro, lo falso, el no registro de la propia responsabilidad sobre los actos y la sociedad en la que vivimos” (citada en Ferrero 41). Entre lo escondido/ignorado en *Elena sabe*, se encuentra la carga del trabajo reproductivo, el cual, según Jocelyn Olcott, incluye el trabajo de cuidado y el mantenimiento de la imagen pública de respetabilidad a través de diversas labores, tales como la educación de hijos, el manejo de la esfera doméstica, el trabajo comunitario, el cuidado de dependientes y la enseñanza de normas culturales (3).

Dominada por impulsos egoístas que se apoyan en su formación patriarcal, Elena se empeña en intentar ignorar el peso y los matices del trabajo de cuidado que implica la maternidad (sin placer en el caso suyo)

o la atención de una enferma. La tensión de ojos voluntariamente cerrados a la verdad en la que se empecina Elena, señala paradojas y ciclos de violencia enajenantes (codicias, violaciones y secuestros corporales) que limitan la función del cuerpo femenino a la esfera hábil reproductiva e ignoran o maltratan a las mujeres que eligen autodefinirse o se niegan a funcionar dentro de los parámetros de dignidad que impone la rigidez patriarcal. El trabajo femenino que más valora Elena es el que más sacrificio personal requiere. Como observa Malena Costa, la abnegación caracteriza el papel maternal idealizado por el patriarcado: “[L]as mujeres son comprendidas universalmente a partir de su sometimiento a un mandato que las obliga a vivir una experiencia enajenante para su propia vida, en función de cumplir con la prescripción de un rol social que, paradójicamente, se les adjudica como el correspondiente por naturaleza” (4). Los deberes sociales relacionados con la maternidad, el mantenimiento de la dignidad y el trabajo de cuidado marcan el viaje dificultoso de la protagonista y su hija. Piñeiro convierte a los lectores en testigos tanto del tenaz control al cual sometemos nuestros cuerpos como de la cruel dedicación con la que sometemos los de las demás.

Los recuerdos de la relación entre madre e hija, a los que tenemos acceso a través de Elena, son casi todos de agresión, tensión y desprecio mutuo. El amor se da por sentado por los roles familiares, no así por las actitudes: “La maternidad, Elena piensa, garantiza ciertos atributos, una madre conoce a su hijo, una madre sabe, una madre quiere. Así dicen, así será. Ella quiso y quiere, aunque no lo haya dicho, aunque se peleara desde la distancia, aunque discutiera como si lanzara latigazos, y no acariciara ni besara, una madre quiere” (Piñeiro, *Elena sabe* 66). Las peleas entre madre (Elena) e hija (Rita) se remiten con frecuencia a las diferencias sobre cómo entiende cada una el papel social de la mujer. Rita es religiosa y conservadora, pero evita el camino esperado de la mujer de la cultura dominante en momentos claves de su vida; no se casa y no tiene hijos. Elena sospecha que la conducta ‘rebelde’ de Rita responde a un cuerpo que se niega a hacer de su hija una mujer de manera rotunda y definitiva. Lamenta las decisiones que toma Rita y le teme a ese cuerpo defectuoso desde su primera y tenue menstruación:

Siempre la imaginó estéril. Tal vez porque tardó tanto en menstruar, casi a los quince, la última en su clase en ser “señorita.” Y siempre muy irregular, siempre poco, reglas amarretas tenés vos, Rita, mejor, mamá, menos tiempo sucia. Rita nunca manchó una sábana, nunca un

dolor que le impidiera hacer la vida de todos los días. Como si su menstruación no tuviera la contundencia necesaria. Como si fuera un simulacro, apenas lo suficiente para que nadie se pregunte por qué no. (78)

Para Elena, evidentemente, la mejor menstruación es la que estorba, la que incomoda, la que interrumpe y la que dificulta la vida de la mujer. Elena ve dignidad en el sufrimiento, pero enfrenta a una hija que no considera una menstruación dolorosa ni digna ni necesaria.

Elena se siente personalmente desilusionada por la pereza del cuerpo de su hija y extiende sus juicios a otros aspectos de la vida de Rita, ya que ella frecuentemente evade el camino típico de la mujer de clase media argentina. La madre ve el cuerpo femenino más como agente social que individual, lo cual ilustra la “paradoja corporal” que describe Judith Butler en *Undoing Gender*:

[W]e call for principles of bodily self-defense and bodily integrity to be accepted as political goods. Yet it is through the body that gender and sexuality become exposed to others, implicated in social processes, inscribed by social norms, and apprehended in their social meanings. In a sense, to be a body is to be given over to others even as a body is, emphatically, “one’s own,” that over which we must claim rights of autonomy. (20)

De acuerdo a la lógica de Elena, Rita no puede reclamar su propio cuerpo para sí porque no ha cumplido con el mandato femenino social de maternidad que se impone en la configuración patriarcal de la clase media (media baja) argentina. Más adelante, la preocupación de Elena por la anatomía rebelde de su hija se vuelve una obsesión y, por fin, decide ser cómplice de una violencia física que, desde el poder de los médicos (hombres), se ejerce sobre Rita y su aparato reproductor. La novela reproduce un pasaje donde las posturas, los gestos, las escuetas instrucciones y los instrumentos utilizados nos recrean una clara situación de “violencia sexual y reproductiva” (Astornio, et al. 49). Elena se posiciona contra la víctima para desacreditar su sufrimiento:

[T]rajeron un aparato del que Rita nunca supo el nombre, pero idéntico a un inflador de pelota número cinco. Solo que el pico se lo pusieron a ella. Lo clavaron en el vientre e inflaron. Una, dos, tres, diez veces.

Rita lloraba. No podés decir que esto te duele, Rita, le dijo el doctor Benegas. Y ella no contestó, sino su madre, claro que no le duele doctor, lo hace para hacernos sentir mal a nosotros. (80)

Como observan Julieta Astornio y sus coautores, Rita se ve doblemente silenciada en esta escena: “queda incluso privada de discurso: no puede siquiera expresar dolor sin que este sea cuestionado o directamente negado por dos autoridades: la médica y la materna” (50). Cegada por los mandatos patriarcales de la clase media que imponen a la mujer joven respetable la reproducción biológica, Elena no acepta que el cuerpo de Rita no cumpla con su papel social ni que Rita no desee realizar la maternidad, lo cual sigue la lógica de la cultura dominante, según Barthes: “El pequeño-burgués es impotente para imaginar al Otro. Si el otro se presenta ante su vista, el pequeño-burgués se ciega, lo ignora y lo niega, o bien lo transforma en sí mismo” (164). Elena se complace en reafirmar su propia fertilidad en contraste con la supuesta esterilidad de su hija: “Que su vientre funcionaba estaba claro, pero del de su hija siempre tuvo dudas. Si Rita no era capaz de manchar como ella, Elena no podía estar segura” (79). Elena se presenta, así, como agente de una “maternidad concebida como servicio al patriarcado, apoyado por las mismas mujeres, cómplices de un sistema de explotación y prevaricación” (Bettaglio 408).

Piñeiro recrea diferentes aspectos de esta trama de opresión al presentar primero a Rita en la esfera familiar (la hija ante la madre) y, luego, dentro del establecimiento médico donde su cuerpo se convierte en objeto de estudio inspeccionado por los doctores con el objetivo, en cierto sentido, de transformar el cuerpo de la hija en el de la madre. De esta forma, la autora ilustra un tema de extensiva discusión feminista: la enajenación de la mujer y el impulso disciplinario médico en la edad de la reproducción industrializada. Como explica Mariam Irene Tazi-Preve, en referencia a una de las voces de la segunda oleada feminista, la crítica feminista Mary Daly, los expertos obstétricos que se apropian de las partes reproductivas del cuerpo femenino contribuyen a una cultura de “maternidad patriarcal”:

[T]hey insist that the “owners of these parts” maintain an effort to fulfill their duty to reproduce correctly. In our society, conditioned to respond to optical perceptions, our perception of pregnancy is created by technological machines. Feelings and sensations have been delegated to the background. That is the goal of patriarchal

motherhood; a motherhood placed in the service of the vision of a medical-technological order, which has nothing to do with any individual wishes of women. (148)

En este contexto, donde la maternidad se ve reducida a una serie de exámenes, imágenes y cifras que van confirmando, controlando, sopesando y anticipando, la experiencia de la mujer embarazada, en cuanto a su cuerpo y sus emociones, permanece suspendida en nerviosa espera del producto social: un bebé sano. Así, como indica Costa, comienza la diferenciación y priorización de la institución (social patriarcal) de la maternidad sobre la vivencia personal de ser madre, o “crianza” (4). El alcance del contraste entre estos dos conceptos no puede ser minimizado dado que es precisamente en estas discordancias de parámetros donde se construye la idea de mujer. Históricamente, en culturas de diferentes geografías y credos, la maternidad (sobre todo biológica) es y ha sido escrita e interpretada como instancia última de constatación de feminidad. Como explican Marina Gil y María José Rebollo Espinosa:

[L]a configuración de la maternidad, entendida como eje de la identidad de las mujeres, se nos presentó como un caso más de alienación femenina, puesto que de nuevo eran otros quienes se encargaban de reglamentar desde el poder cómo se debería ser buena madre y organizaban toda una red de instituciones y materiales para conseguirlo; se había producido una progresiva masculinización y profesionalización de la maternidad, incluso en su aspecto más biológico, mostrándose como algo esencial que tiene que ser controlado por hombres (médicos, moralistas y sacerdotes fundamentalmente) para que dé óptimos resultados. (1)

Es evidente, sin embargo, que Elena desea compartir esa autoridad controladora con el establecimiento médico masculino. Al darse cuenta de que su hija no quiere hacerse madre, Elena asume el papel de experta y se empeña en diagnosticar, disciplinar y controlar el problema. Así, como explica Bettaglio, la imagen inicial del personaje maternal de Elena, evocativo de la vulnerabilidad y la abnegación de las madres de Plaza de Mayo, se complica al revelar tensiones, chantajes y crueldades diarias que caracterizan el afán de conformidad social de la clase media baja argentina y sus prejuicios (416).

El personaje de Elena sirve entonces para encarnar esta distancia entre la maternidad como institución social que oficializa el género, por un lado, y la crianza como experiencia singular de dar y sostener vida desde el afecto, distancia que Piñeiro elabora y complica aún más en la relación problemática entre Elena y Rita y el personaje de Isabel. Estas tres mujeres no pueden sostener el ideal patriarcal de la maternidad abnegada, sumisa y natural por razones distintas. Elena, tras perder a su única hija, no sabe si puede seguir identificándose como madre. Rita evita continuamente el trabajo de cuidado y aún decide rechazarlo a costa de su propia vida e Isabel se separa psicológicamente de su cuerpo y la identidad de madre cuando la decisión de dar a luz no es suya, sino impuesta por otras. A pesar de su orgullo maternal/reproductivo, en contraste con la vergüenza que le provoca el cuerpo sin fruto de su hija, Elena no parece disfrutar ni de su papel de madre ni de la comunidad que le rodea (la iglesia, los vecinos, las amistades).

El deseo de Elena de tener nietos tampoco se construye por la anticipación de un disfrute familiar, sino que se reduce, otra vez, a un deseo de cuidar/manejar/disciplinar otros cuerpos en función de sus propias necesidades o cumplir sus deberes: “A Elena le hubiera gustado ser abuela. Si fuera, hoy no estaría sola caminando por estos pasillos en una terminal de tren que huele a fritanga, haciendo el recorrido que cree que la llevará a encontrar un cuerpo que le ayude” (81). Entre las quejas específicas de Elena, figura el hecho de que Rita no consigue su primer novio sino hasta después de pasar la edad reproductiva. Varias de las peleas entre las mujeres empiezan por algo insignificante o superficial y terminan en insultos sobre la vida íntima de la hija y/o la dependencia de la madre enferma. El recuerdo de Elena de la figura del lobo del tiempo, una estatua decorativa que Rita se compra espontáneamente en Mar del Plata, ilustra la dinámica hostil entre los personajes:

Elena no estuvo de acuerdo, no gastes tu plata en pavadas con lo que te cuesta ganarla, la voy a gastar en darme un gusto, mamá, gusto atrofiado, no hablemos de atrofiadas, cierto, para atrofiado está tu amigo del banco, al menos tengo un hombre que me quiere, si eso te hace feliz, hija, difícil ser feliz al lado tuyo, mamá, lanzó Rita creyendo que era un latigazo final y la dejó atrás, avanzando dos metros con pasos exagerados. (24)

Para la madre, el deseo de Rita de darse un gusto representa una ambición parálitica asociada con su indiferencia hacia la maternidad. Al mismo tiempo, se nota que Rita considera repugnante el cuerpo enfermo de su madre y ve el trabajo de cuidado como una obligación desagradable. Rita no encuentra ternura por la decrepitud del cuerpo de su madre, sentimiento que tampoco percibimos que Elena le haya entregado como madre a ella. Así, cuando Rita se enfrenta sola al panorama nefasto de progresivo deterioro físico de su madre, la carga de aquellas obligaciones filiales de cuidado perpetuo que harán posible la vida con Parkinson plus de Elena, la empujan a Rita a terminar con la propia.

Al decidir rechazar el futuro de cuidadora/madre de su propia madre enferma que los médicos le anticipan, Rita una vez más defrauda las expectativas que su progenitora reservaba para ella. Elena recuerda con amargura que le hubiera gustado ver a su hija afirmar los mandatos sociales, lo cual ejemplifica lo que se puede llamar el impulso disciplinario: “confirmar que la hija se ha hecho mujer, que es deseada, que va camino a cumplir con su deber con la especie, nacer, crecer, reproducirse y morir, que continúa en el mundo la posta que ella deja” (26). Elena se da cuenta, sin embargo, de que su hija no va por ese camino y por ello ignora y condena el estrecho vínculo de Rita con su novio (Roberto) refiriéndose a él con características monstruosas: “[e]l atrofiado, como lo llamaba Elena delante de su hija para provocarla” (33). Elena rechaza el cuerpo de Roberto y su contacto con el de Rita puesto que esta unión ya no puede actualizar el mandato social de la procreación. Rita y Roberto son para Elena “dos desahuciados, dos perdedores del amor, o ni eso, dos que nunca jugaron . . .” (27). En el esquema patriarcal de control del cuerpo femenino, Rita ya no podrá esgrimir una razón socialmente aceptable para justificar su deseo amoroso hacia Roberto puesto que la maternidad se ha descartado: “Y para Elena, habría sido más digno que a esa altura su hija se hubiera abstenido de jugar” (27). Sin embargo, Rita una vez más se rebela, insistiendo hacer visible su deseo: “Roberto Almada, el amigo de Rita, el hijo de la peluquera, mi novio, mamá . . .” (32). Lo que más parece molestar a Elena de la relación entre Rita y Roberto es la idea de una vida amorosa y sensual cuando ya ésta no está puesta al servicio del rol social más digno para movilizarla; así Elena prioriza la función reproductiva del cuerpo por encima de los deseos personales de la mujer.

No es sino después de la muerte de Rita que Elena empieza a percibir las múltiples maneras en las que la sociedad deshumaniza el cuerpo

femenino en general y el de las madres en particular. Como comenta Butler, la muerte y el duelo nos hacen examinar los límites de nuestra autonomía imaginada y reconocer las conexiones entre los seres que comparten nuestra familia, comunidad y/o relación (19). Elena comienza, sutilmente, a reconocer cómo asfixiaban a Rita e ignoraban a Elena las secciones de la sociedad precisamente encargadas con el trabajo de proteger, educar y cuidar (los médicos, el cura, la familia y el estado). Asimismo, se da cuenta de las formas en las que madre e hija mantenían la deshumanización de las mujeres en general. Al perder a su hija, Elena cuestiona las rutinas y tradiciones que siguen definiendo su vida. Comienza con la iglesia, admitiéndose a sí misma que no entiende por qué, después de la muerte de su hija, continúa rezando versos que no significan nada para ella. En el velorio, Elena se da cuenta de las oraciones que ha memorizado sin querer. Compara su fuerza con la de “Ella,” el calificativo que usa para referirse a la enfermedad de Parkinson. “Ella” limita los movimientos de Elena y parece relacionarse con las normas sociales que, invisiblemente, guían las acciones de las mujeres en general: “Y aunque no es su rezo y aunque lo rechaza, y aunque se niega a decirlo, sabe que lo tiene metido dentro, como tiene metida a Ella” (53). Se da cuenta, más tarde, de que va a la iglesia más que nada por costumbre: “Rita, a su manera, tuvo Dios. Un Dios propio al que ella fue armando como un rompecabezas con sus propias reglas. Su dios y su dogma. Elena no. ¿Por qué entonces le quedan adentro esas palabras que no son su rezo? ¿Por qué le siguen apareciendo el cielo y el infierno?” (96). Cuando la muerte de Rita interrumpe la automatización de la vida, la iglesia pierde el poder y valor que antes tenía para Elena. La madre afligida adopta un tono crítico cuando enfrenta los impulsos disciplinarios del Padre Juan. Se da cuenta no solo de que al cura no le interesa investigar otras causas posibles para la muerte de Rita, sino también de que condena a Rita por haberse suicidado y a Elena por criticar la investigación. El intercambio entre ellos muestra tanto la rigidez de la iglesia como esta nueva voz escéptica de Elena:

Ese día su hija cometió un acto aberrante, se quitó la vida, dispuso de un cuerpo que no era de ella sino de Dios, dijo basta, cuando todo cristiano sabe que no nos está dado ponerle fin a nuestra vida, ésa es la verdad y tenemos que sentir piedad por ella, llovía, Padre, no insista con la lluvia o voy a concluir que está cometiendo pecado de soberbia, Elena, ¿Qué dice que cometo?, vanidad y soberbia, pensar que todo lo

sabe, pensar que las cosas son como usted dice cuando la realidad muestra otra cosa, ¿y no es lo que usted y su iglesia enseñan todo el tiempo? (72)

La autoridad no se critica, declara el cura. Convencido del suicidio de Rita, el Padre Juan prefiere cerrar el caso. Sintiéndose abandonada y desilusionada, Elena trata de entender su nuevo papel social como madre en una comunidad que no reconoce la condición de madre sin hija: “¿[Q]ué nombre tienen las mujeres a las que se les murió un hijo?, no soy viuda, no soy huérfana, ¿qué soy?” le pregunta Elena al Padre. Pero, luego, se alivia de que la iglesia no tenga nombre para su estado porque de esa manera tampoco habrá expectativas de conducta para las que lo lleven: “mejor no me ponga un nombre, Padre, tal vez si usted o su iglesia encuentran una palabra para nombrarme, después se deroguen el derecho a decirme cómo tengo que ser, cómo tengo que vivir. O morir” (73).

Elena recuerda que, años atrás, Rita había tomado control de otro cuerpo femenino, haciéndose agente del estado y la iglesia, para evitar la interrupción de un embarazo. Después de encontrar a Isabel débil y desesperada frente a una clínica que practicaba abortos clandestinos, Rita la secuestra para impedir que se haga una intervención. Obliga a la mujer embarazada a seguirla, diciéndole que lo hace por su bien porque va a ser madre, mientras la mujer protesta y rechaza ese nombre. En éste, como en los conflictos entre Elena y Rita, las voces femeninas se mezclan confusamente, en un contrapunto donde Piñeiro recrea al detalle matices específicos del tan actual debate social y político sobre el aborto:

[N]o te saques el hijo, no hay ningún hijo, sí que hay, para que haya hijo tiene que haber madre, vos ya sos madre, yo no quiero ser madre, esta mujer me decía que no quiere ser madre, mamá, ¿podés creer?, pero yo le dije, ésa no es tu decisión, ¿y de quién entonces?, se atrevió a preguntar, mamá, y yo le grité, tenés un hijo dentro, adentro no tengo nada, volvió a decir, pero yo también insistí, dije, late, y ella, no hay hijo ni madre, no lo mates, callate, vas a vivir siempre con la culpa... (133)

Las voces de los dos personajes se superponen para acabar la escena con la amenaza de condena fantasmagórica con la que Rita intenta persuadir a Isabel desde la culpa y el miedo:

[N]inguna de las que lo hacen se olvida, no se puede obligar a nadie a ser madre, lo hubieras pensado antes, siempre lo pensé, nunca quise ser madre, pero lo sos, no, no soy, oyen llorar a un bebé todas las noches, vos qué sabés, los bebés abortados te lloran dentro de la cabeza, yo soy la que lloro dentro de mi cabeza, no mates a un inocente, yo también soy inocente. (133)

A pesar de resistir algunos mandatos sociales en su propia vida, Rita ha internalizado el mito de la “mística maternal” que establece que la relación simbiótica madre-hijo/a es naturalmente fundamental del “rol femenino” (Costa 4). Así, de cierta forma, Piñeiro representa la postura política dominante hacia el aborto en los años en los que fue escrita la novela.¹

En su análisis feminista-foucaultiano de género y disciplina, Jana Sawicki mantiene que el patriarcado no depende de la violencia sino de la subordinación hegemónica; en vez de recurrir a la crueldad física, el poder patriarcal, por lo general, incita un deseo de cuidar—“channelling desires”—en las mujeres para que se sometan voluntariamente (192). Asimismo, Nancy Chodorow, en su estudio de la función social de la maternidad explica que el trabajo reproductivo no tiende a basarse en la coerción, sino en los valores culturales idealizados: “Legitimizing ideologies themselves, as well as institutions like schools, the media, and families which perpetuate ideologies . . . create expectations in people about what is normal and appropriate and how they should act” (35). Esto corresponde tanto a la conceptualización de control disciplinario de Michel Foucault como al análisis de Sawicki, ya que las ideologías legitimadoras de la cultura dominante y de la familia nuclear incitan y fortalecen el deseo en la mujer de realizar su maternidad mediante mensajes sociales y psicológicos gratificantes: “Women’s capacities for mothering and abilities to get gratification from it are strongly internalized and psychologically enforced . . . Women are prepared psychologically for

¹ Cristina Fernández de Kirchner, por ejemplo, se manifestaba resolutamente anti-aborto durante su campaña electoral del 2005 (año anterior a la publicación de *Elena sabe*): “Yo no soy progre, soy peronista . . . Las sociedades tienen sus tiempos y yo no creo que la Argentina esté para eso. Apenas si pudimos aprobar una ley de educación sexual y de reproducción responsable y hay que ver lo que costó eso. Además, y más allá de eso, yo estoy en contra del aborto” (citada en Belgrano Rawson 183).

mothering through the developmental situation in which they grow up, and in which women have mothered them” (Chodorow 39). Así, según Chodorow, el papel de madre tiende a ser esperado y valorado por mujeres de la cultura dominante quienes luego inspiran el mismo deseo en sus hijas. Piñeiro, sin embargo, se dedica a examinar los momentos en que fracasan los sistemas hegemónicos que intentan promover la maternidad a través del deseo y del placer. Muestra, al mismo tiempo, el surgimiento de los impulsos disciplinarios ocultos de las mujeres que se adhieren al discurso patriarcal hacia las mujeres que no lo hacen. La autora visibiliza el deseo de *no participar* de las mujeres que rechazan las fantasías maternas de la cultura dominante y analiza el afán de controlar de las mujeres que asumen el papel disciplinario. Como dice Susan Bordo, el lado atractivo del control no solo llama la atención de los representantes de la cultura dominante:

Within a Foucauldian framework, power and pleasure do not cancel each other. Thus, the heady experience of feeling powerful, or ‘in control,’ far from being a necessarily accurate reflection of one’s actual social position, is always suspect as itself the product of power relations whose shape may be very different. (252)

Aunque Elena nunca logró incitar el deseo maternal en su hija, sí llegó a despertar en ella un impulso disciplinario hacia otros cuerpos. Así, a pesar de que Isabel le aclara que no es ni se siente madre por estar embarazada, Rita se erige en policía del cuerpo ajeno y le impide decidir sobre el propio a una mujer que no siente su estado como logro sino como condena. De allí que, al encontrarse con Elena tantos años después, Isabel le muestre con su testimonio un lado inesperado de aquellos acontecimientos, giro que desarma la supuesta deuda que Elena venía a cobrarse y, en cambio, le impone una reflexión sobre el límite de nuestras visiones:

Rita es arrebatada, era arrebatada, pero gracias al arrebato de mi hija usted tuvo a la suya, no hay mal que por bien no venga, dice, pero Isabel la interrumpe, nunca entendí ese dicho, Elena, ¿cuál es el bien y cuál el mal al que se refiere?, y en tal caso, si nos pusiéramos de acuerdo en eso, ¿es el mal el que viene por bien o el bien por el mal?, otra vez confunde todo, y me hace confundir a mí, me hace pensar... (148)

Dado que ha pasado tanto tiempo, Elena asume que Isabel ha llegado, por fin, a no solo aceptar el papel de madre, sino también a valorarlo y hasta agradecer a Rita por haber interrumpido su aborto. Pero resulta que Isabel, a pesar de tener una relación de cierto afecto y humanidad con su hija, sigue considerando las acciones de Rita injustas. Resiente la intervención de la hija de Elena y sigue rechazando el papel de madre.

El tema del arrepentimiento maternal ha sido objeto de muy pocos estudios ya que el debate sobre los derechos reproductivos tiende a centrarse en la dicotomía crítica de la decisión sobre continuar o interrumpir el embarazo. La socióloga Orna Donath, no obstante, ve a la “madre arrepentida” como una categoría que merece más atención: “[T]he inclusion of regretting motherhood in the human terrain of regret, and the inclusion of regret in the human terrain of motherhood . . . enable us to view regret as ‘after the fact’ agency” (201). Al no aceptar la caracterización idealizada y conveniente de Elena de su papel como madre, Isabel recupera un poco de la agencia que perdió a manos de Rita; resiste y rehúsa legitimar, retrospectivamente, los impulsos disciplinarios de Rita y Elena. La novela destapa, así, matices, contraluces y tensiones problemáticas de la maternidad, estado y rol que se construye desde el discurso normativo patriarcal como natural, necesario y definitivo de la feminidad respetable, pero que en su materialización corporal individual implica una renuncia exigente y sostenida a la autonomía del propio cuerpo.

Si bien la maternidad y sus matices aparecen como tema central con respecto al cuerpo femenino en *Elena sabe*, Piñeiro también incluye otros cuerpos de mujeres cuyas alternativas problemáticas complican estereotipos sociales. A la maternidad trunca o impuesta, la autora agrega otras dos instancias de falta de control corporal: la enfermedad crónica y el suicidio. El cuerpo alienado de Elena se rehúsa a seguir sus mandatos puesto que vive una ocupación por un poder extraño. La enfermedad (“Ella”) le va quitando a Elena poder sobre miembros y habilidades, como un ejército invasor con el cual tiene que transar paz efímera a través de la pastilla que regula su dopamina. Piñeiro construye un personaje protagonista que ve limitada su experiencia desde lo sensorial y lo motor por la influencia arrasadora de un Parkinson plus. Elena no es una elección caprichosa como elemento central de la narración, como la autora misma declara al referirse a su propia madre y la experiencia de invisibilidad social que su enfermedad le creaba:

Leí mucho a Susan Sontag sobre la enfermedad y lo que ella dice sobre cómo la gente le retira la mirada a la enferma. Se hace como para no crear incomodidad, pero el resultado es que nadie mira al enfermo. Mi intención con la novela fue poner la enfermedad de Elena y a ella misma en primerísimo plano, hay que mirarla sí o sí.” (Bortolotto 58)

Desde el principio de la novela, Elena personifica la enfermedad, asignándole el género femenino: “Y se pregunta si al Parkinson habría que tratarlo de él o ella, porque, aunque el nombre propio le suena masculino no deja de ser una enfermedad, y una enfermedad es femenina. Como lo es una desgracia. O una condena” (15).² La novela fuerza a los lectores a seguir con la mirada los ritmos, pausas, frustraciones y pequeños logros que acompañan cada hora del día de Elena mientras lucha por su autonomía contra la enfermedad que la ha tomado y no la soltará. El personaje de “Ella” insiste en ejercer control disciplinario y Elena llega a resentir su dominación continua: “Elena siempre fue de llorar poco, casi nada, pero desde que su cuerpo es de Ella, de esa puta enfermedad puta, ya ni siquiera es dueña de sus lágrimas” (49). La mujer enferma ve su condición física como un castigo disciplinario: “El cuerpo de Elena responde a Ella que lo obliga a bajar la mirada como si estuviera en falta, como si sintiera vergüenza” (57). Nuevamente aparece aquí el concepto de la dignidad femenina amenazada, en este caso por el caos de fluidos, excreciones y reacciones de un cuerpo ya mayor que resiste la voluntad de la señora respetable que se identifica con él: “Veraneaban todos los años pares hasta que la enfermedad de Elena convirtió sus movimientos en intentos indignos” (21).

El deterioro paulatino del cuerpo de Elena se hace no solo condena propia sino también sentencia de su hija: “mírela, en lugar de controlar los esfínteres se hará encima, en lugar de hablar se quedará muda, en lugar de erguirse se agachará cada vez más, se doblará, se vencerá, y yo estoy condenada a ver cómo su cuerpo va muriendo sin que ella muera” (164). La incapacidad de Elena de retomar el control de su propio cuerpo la expone al rechazo y al asco de los que la rodean, sobre todo de quien se

² Es interesante la discusión que ofrece Guillermina Walas (2013) sobre la decisión de Elena de categorizar al Parkinson con género femenino, con el pronombre “Ella” y el adjetivo peyorativo “puta,” para marcar una mirada que vuelve sobre sí. Ver lista de Obras citadas.

vuelve su cuidadora diaria por necesidad. En su tratado sobre las emociones de atracción y amenaza, Susan Miller destaca que la emoción del asco se construye desde el miedo al contagio: “Because it will contaminate me with its foulness and may put me at risk physically or spiritually” (27). La conducta de Rita como cuidadora de su madre recrea al detalle las palabras de Miller en cuanto al miedo al contagio de lo insalubre y desagradable, en este caso particular, del cuerpo enfermo y añoso de la otra. Ciertas rutinas de desinfección en la novela acentúan de manera ritualista la materialización del límite necesario que el yo construye gracias a una energía expulsiva contra la amenaza de lo rechazado (Miller 27). Rita se somete a estos procedimientos de higiene compulsiva en un intento por diferenciarse y poner distancia con lo que parece amenazar a su yo. Se ve forzada a mantener la higiene personal de su madre y cortarle las uñas de los pies. Pero “cuando terminaba se lavaba las manos con detergente puro, una, dos, tres veces, algunas ocasiones con la excusa de desinfectar la toalla de posibles hongos se lavaba las manos con lavandina pura, qué harán los que no tienen como yo una hija que me corte las uñas, Rita, se las dejarán crecer mugrientas, mamá” (34). El asco, explica Miller, es la emoción por excelencia de los bordes o límites, la cual expresa el deseo de no tener cerca lo que se rechaza, aunque es precisamente la proximidad lo que hace aparecer esta emoción y la incentiva.

El asco es, de las emociones humanas, la más ligada a la carne (o cuerpo), tanto la propia como la de los otros (Miller 29). Se basa en valoraciones *a priori* sobre lo bueno y lo malo y por tanto tiende a volver al yo contra sí mismo dinamitando la auto-estima y provocando la culpa (28). Esta emoción violenta que colorea la tensa relación entre Rita y su madre se asoma en forma de velada amenaza cuando el doctor Benegas les anuncia a las dos en su consulta que la enfermedad de Elena va a empeorar cada vez más: “Plus dice usted, y yo digo que si uno no quiere más usted sabe, no la entiendo, uno puede elegir, doctor, no siempre . . . su madre quiere vivir, yo quiero vivir, hija, no estoy hablando de mi madre, si hay más soy yo la que no sé si voy a poder . . .” (164). La angustia, la frustración y la depresión son sentimientos frecuentes en los cuidadores de pacientes con enfermedades neurodegenerativas, sobre todo si son familiares (Benavides, *et al*; Rodríguez-Agudelo, *et al*; Zaragoza, *et al*). Amparo Salcedo Zaragoza, *et al*. observan que la aceptación de la enfermedad, una “cuestión interna y libre de la persona”, es el primer paso para lograr una adaptación que permita convivir con ella, tanto en quien la

tiene como quien cuida del paciente (77). Pero Rita en la novela no quiere aceptar que la enfermedad crónica de su madre defina su futuro y por ello le da a entender al doctor que sí hay opciones, aún si éstas no son social o moralmente aceptables. Como explica Bettaglio, “la hija elige una solución radical que le permita librarse de un destino que el discurso médico y religioso inscriben en su anatomía” (403). Al elegir la muerte propia, Rita se ve alineada, post-mortem, con la mujer a la cual le impuso años antes la maternidad, vivida por Isabel como condena.

Es un momento crucial donde Rita debe elegir entre una vida entregada al deterioro de la vida de su madre y su relación o renunciar a su propia vida, el suicidio, el corte, la salida falsa triunfa. Tanto esta resolución de Rita como la de hace veinte años de Isabel es tan dolorosa y fuerte y tan semejante, porque ambas tienen que ver con dar o negar la vida, es tomar la determinación sobre el propio cuerpo, sobre la vida. (Del Gesso Cabrera 9)

En este movimiento circular de resistencias de cuerpos sin control, es entonces Isabel quien, hacia el final del relato, le confirma a Elena sus peores sospechas sobre Rita. Elena le cuenta a Isabel que su hija apareció colgada del campanario de la iglesia; pero resiste la teoría del suicidio porque estaba lloviendo ese día y a Rita la lluvia le daba miedo: “Mi hija fue aunque llovía, su hija fue porque llovía y porque había algo que la asustaba más que la lluvia. Yo, se acusa Elena. Isabel la mira y dice, el cuerpo de los otros, a veces, asusta” (172). Elena, quien es víctima de “Ella” y, por lo tanto, del control disciplinario enajenante con el cual la enfermedad ha tomado posesión de su cuerpo, parece finalmente entender el resentimiento que describe Isabel y que, evidentemente, ha impulsado el suicidio de su hija.

CONCLUSIÓN

Piñeiro al escribir *Elena sabe* pone el cuerpo viejo y enfermo en primer plano y no permite a los lectores desviar la mirada, sea en rechazo o respeto. Así, la autora argentina traza en la novela el mapa de una aventura corporal, dolorosa y lenta, donde los instantes, los giros y los lugares se marcan en los cruces de cuerpos que se encuentran, se rechazan, se miden y se extrañan. Se puede relacionar *Los cuerpos de los otros*, el

título que la autora tenía en mente en un principio, al concepto de “paradoja corporal” que propone Judith Butler, ya que cada personaje se preocupa no solo por la salud y dignidad de su propio cuerpo sino también por las de los cuerpos de los otros personajes femeninos en su comunidad. Piñeiro, además, nos hace cuestionar tanto los impulsos disciplinarios hacia los cuerpos femeninos descontrolados—enfermos, infértiles y/o rebeldes—impuestos por la industria médica, la iglesia y la sociedad patriarcal como nuestro propio afán de dominio mutuo, en los límites íntimos y extremos de la piel ajena, donde termina o se inscribe nuestra voluntad. El título finalmente elegido por la autora, *Elena sabe*, alude al conocimiento paulatinamente adquirido a través del proceso de duelo, investigación y autorreflexión de una protagonista que inicia un viaje en busca de un culpable ajeno de la muerte de su hija, pero termina acusándose a sí misma.

Obras citadas

- Astornio, Julieta, Saporosi, Lucas y Zicavo, Eugenia. "Un análisis sociocultural sobre la maternidad y el aborto en la literatura argentina reciente." *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, vol. 8, no.15, 2017, pp. 44-57.
- Barthes, Roland. "Los mitos de la burguesía." Traducción de Nicolás Rosa. *Delito y Sociedad: revista de ciencias sociales*, vol.15, 2001, pp. 163-167.
- Belgrano Rawson, Milagros. "Ley de matrimonio igualitario y aborto en Argentina: notas sobre una revolución incompleta." *Revista Estudios Feministas*, vol. 20, no. 1, 2012, pp. 173-188.
- Benavides, Olga, Daniela Alburquerque, and Pedro Chaná-Cuevas. "Evaluación de la sobrecarga en los cuidadores de los pacientes con enfermedad de Parkinson ambulatorios y sus factores de riesgo." *Revista médica de Chile*, vol. 141, no. 3, 2013, pp. 320-326.
- Bettaglio, Marina. "Cuando la madre (se) mata: suicidio, víctimas y victimarios en *Secreta Pénélope* de Alicia Giménez Bartlett y *Elena sabe* de Claudia Piñeiro." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 4, no. 2, 2018, pp. 401-425.
- Bordo, Susan. "Feminism, Foucault and the politics of the body." *Feminist Theory and the Body*. Editado por Janet Price y Margrit Schildrick. Routledge, 1999, pp. 246-258.
- Bortolotto, María Celina. "El cuerpo de los otros: entrevista a Claudia Piñeiro." *Hispanamérica*, vol. 48, no. 143, 2019, pp. 55-62.
- Butler, Judith. *Undoing Gender*. Routledge, 2004.
- Chodorow, Nancy. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. U of California P, 1978.
- Costa, Malena. "¿A qué mujeres se refieren?": la categoría 'mujer' en los estudios familiares." Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos. Teorías y políticas: desde el Segundo Sexo hasta los debates actuales. 29 y 30 de octubre de 2009, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.
- Del Gesso Cabrera, Ana María. "Certezas que conducen a incertidumbres (una novela de Claudia Piñeiro)." *Amerika. Mémoires, identités, territoires*, vol. 7, 2012, journals.openedition.org/amerika/3338. Consultado 23 de agosto de 2019.

- Donath, Orna. "Choosing motherhood? Agency and regret within reproduction and mothering retrospective accounts." *Women's Studies International Forum*, vol. 53, 2015, pp. 200-209.
- Ferrero, Adrián and Claudia Piñeiro. "Claudia Piñeiro." *Hispanamérica*, vol. 42, no. 126, 2013, pp. 39-45.
- Gil, Marina Núñez, and María José Rebollo Espinosa. "Aprender a ser madre: reflexiones históricas acerca de la construcción de la identidad femenina." *Actas de las III Jornadas Pedagógicas de la Persona; Identidad Personal y Educación*, 2004, pp. 1-9.
- Glantz, Margo. "Thomas Mann: el problema del artista frente a la vida (De los Buddenbrook al Dr. Fausto)." *Intervención y Pretexto*, UNAM, 1980, pp. 107-127.
- Miller, Susan Beth. *Emotions of Menace and Enchantment: Disgust, Horror, Awe, and Fascination*. Routledge, 2017.
- Olcott, Jocelyn. "Introduction: Researching and Rethinking the Labors of Love." *The Hispanic American Historical Review*, vol. 91, no. 1, 2011, pp. 1-27.
- Piñeiro, Claudia. *Elena sabe*. Alfaguara, 2007.
- . *Las viudas de los jueves*. Alfaguara, 2005.
- . *Tuya*. Ediciones Colihue, 2005.
- . *Las grietas de Jara*. Alfaguara, 2009.
- Rodríguez-Agudelo, Yaneth, A. Mondragón-Maya, F. Paz-Rodríguez, M. Chávez-Oliveros y R. Solís-Vivanco. "Variables asociadas con ansiedad y depresión en cuidadores de pacientes con enfermedades neurodegenerativas." *Archivos de Neurociencias*, vol. 15, 2010, pp. 25-30.
- Sawicki, Jana. "Disciplining Mothers." *Feminist Theory and The Body*. Editado por Janet Price y Margrit Schildrick. Routledge, 1999, pp. 190-203.
- Tazi-Preve, Mariam Irene. *Motherhood in Patriarchy*. Barbara Budrich Publishers, 2013.
- Walas, Guillermina. "Buscando enfrentar lo que 'se sabe': la detective en *Elena sabe* (2007) de Claudia Piñeiro." *XLIX Congreso de la Asociación Canadiense de Hispanistas*. Mayo de 2013, Universidad de Victoria, Canadá.

Zaragoza Salcedo, Amparo, J.M. Senosiain García, M. Riverol Fernández, S. Anaut Bravo, S. Díaz de Cerio Ayesa, M.E. Ursúa Sesma y M.C. Portillo. “Elementos clave en el proceso de convivencia con la enfermedad de Parkinson de pacientes y familiares cuidadores.” *Anales del Sistema Sanitario de Navarra*, vol. 37, no. 1, 2014, pp. 69-80.